

CASTELLANOS, JUAN DE (1522-1607)

ELEGÍA IX

*A la muerte de Diego de Ordaz, donde se cuenta la gran entrada que hizo  
por el río de Uyapari, y las cosas en ella sucedidas*

CANTO PRIMERO

Aunque parezca seco despidiente  
No proceder aquí más adelante,  
Determino volver más al oriente  
De Paria y a la tierra circunstante,  
Para tratar de Ordaz y de su gente,  
De quien pretendo dar razón bastante,  
Pues del honor más alto de los buenos  
Al Ordaz se le debe nada menos.

En Castroverde fueron sus natales  
Del reino de León, y en Nueva-España  
Fue de los capitanes principales  
El de mayor valor y mejor maña;  
En las islas sus hechos fueron tales,  
Que cada cual se vende por hazaña,  
Y así Cortés por su merecimiento  
Le dio grandísimo repartimiento.

Mas no se contentó con esta suerte,  
No menos honorosa que crecida,  
Y a pretensiones otras se convierte,  
Que fue cierta región muy estendida:  
Catisa para morir angosta muerte,  
Cuando pudo gozar más amplia vida;  
Y para se mover a la carrera,  
El negocio pasó desta manera:

Había dado largas relaciones  
El ambición, que todo lo revela,  
De las engrandecidas poblaciones  
De Paria hasta el mar de Venezuela;  
Y no fueron mentiras ni ficiones,

Ni saborcillos vanos de novela,  
A hallar el Ordaz la tierra sana,  
O comenzara por Maracapana.

Porque Cubagua, muy más estendida  
De lo que por justicia se le daba,  
Tenía mucha tierra destruida,  
Con cantidad de esclavos que sacaba;  
Y con cautelas era defendida  
Cualquiera población que se intentaba,  
Por no perder aquel vicioso pasto  
Con que hacían suntuoso fausto.

Fue reino de grandísima sustancia,  
Y señores en el de gran estado,  
Fertilidad, hartura y abundancia  
De pan, de frutas, carnes y pescado;  
Y con ser tan inmensa la distancia,  
Paso no se hallaba despoblado,  
Potentes pueblos al primer encuentro.

Potentísimos más la tierra dentro.  
Esta tierra de próspera templanza,  
Que frío ni calor no causan lloro,  
Por pueblo, por camino, por labranza,  
Pocos indios pudieras ver sin oro;  
No mudan en los trajes el usanza,  
Pues sola desnudez es el decoro;  
Mujeres cubren partes vergonzosas,  
No todas, ni con unas mismas cosas.

Esta gente, mujeres y varones,  
Es por la mayor parte bien dispuesta,  
De muy bien amasadas proporciones,  
Con cierta gallardía no mal puesta:  
Diestros en sus guerreros escuadrones,  
Para su defensa la mano presta.  
El regulado tiro siempre lleno  
De pestilencialísimo veneno.

También es de su uso la macana,  
Y de palma tostada larga janza,  
Que suelen menear de buena garra,  
No sin golpe mortal de quien alcanza;  
Comen algunos destos carne humana  
Por vía de pasión y de venganza,

Y aquesta crudelísima comida  
Es fuera de sus casas escondida.

No la quieren comer en parte rasa,  
Sino donde la gente menos pisa,  
Las ollas nunca más entran en casa,  
Ni vaso ni cazuela do se guisa;  
No se come, sacada de la brasa,  
Con grita, regocijo, ni con risa,  
Antes parece tal mantenimiento  
Selles un cierto modo de tormento.

Teniendo pues Ordaz por larga lista  
Cumplidas y bastantes relaciones  
Desta costa, por hombres que de vista  
Conocieron aquellas poblaciones,  
idió con gran instancia la conquista.  
Y diéronsele della provisiones,  
Gobierno de grandísimo partido,  
Si fuera por entonces conocido.

Al fin en tal distrito como éste  
Le dieron por la costa, recta vía,  
Ciento cincuenta leguas l'este, ueste,  
Y norte, sur, que fue la travesía:  
De mil soldados buenos formó ueste  
Con gente principal de Andalucía:  
Aderezaron grandes galeones.  
Matolaje y otras municiones.

Nombró por general a Joan Cortejo,  
Su maestre de campo fue Herrera,  
Cada cual de los dos amigo viejo,  
Que en Méjico siguieron su bandera;  
Entraron capitanes en consejo  
Para la prevención de su carrera,  
Nombró también con otros oficiales  
Por alcalde mayor a Gil González.

Vino también con este caballero,  
Pudiendo sosegar con buena renta,  
Jerónimo de Ortal por tesorero,  
De quien daré también más larga cuenta,  
Como quien bien lo conoció primero;  
Vivió después en vida descontenta,  
El cual sucedió siendo mozo tierno

Al don Diego de Ordaz en el Gobierno.

Dispuesta toda cosa necesaria  
Y preparado bien cada navío,  
Hicieron su camino hacia Paria,  
Principio deste nuevo señorío;  
Surgieron en las islas de Canaria  
Para tomar allí mejor avío,  
Besaron al Ordaz luego las manos  
Gaspar de Silva con sus dos hermanos.

Eran en Tenerife principales,  
De próspero caudal y rico traje;  
Al Ordaz ofrecieron sus caudales,  
Sirviéndole con buen matalotaje;  
Y con doscientos hombres naturales  
Prometieron de ir aquel viaje;  
Ordaz acudió con mil ofertas  
Que después conocieron ser inciertas.

Andándose los Silvas despachando  
Por el orden que menos les convino,  
El don Diego de Ordaz fue navegando  
A la parte do lleva su desino:  
Prometiendo de illos esperando  
Por puertos y bahías del camino;  
Y así para cumplir con su promesa,  
A su navegación dio poca priesa.

Mas pareciendo ya mucha tardanza,  
Por evitar algunos desavíos,  
Del río Marañón hizo mudanza  
Y atravesó con todos los navíos,  
Algunas veces con desconfianza  
De poder escapar de mil bajíos,  
Con calmas y grandísimas corrientes,  
Que por aquella costa son frecuentes.

El Ordaz escapó con buen consejo,  
Y fue donde llevaba los intentos,  
Mas no pudo salir el Joan Cortejo  
Con otros que pasaban de trescientos,  
Sin remedio, recurso, ni aparejo  
Para seguir por mar sus movimientos,  
Salvo los principales coroneles,  
Que pudieron huir en los bateles.

Muy juntos a la tierra naufragaron,  
Sin dalles sinsabor reventazones,  
Y ansí dicen que todos escaparon,  
Y entraron por jamás vistas regiones,  
Hasta que descubrieron y toparon  
Grandes y poderosas poblaciones,  
Adonde se huyeron y han valido,  
Multiplicando siempre su partido.

Esta nueva vendían por muy cierta  
Muchos que yo traté y he conocido;  
Mas es una ficion clara y abierta,  
Y cuento para mí desvanecido;  
Pues si tal gente ya no fuera muerta  
Hubieran a mil partes respondido;  
Ansí que no será juicio ciego  
Decir que perecieron todos luego.

Sin esta compañía zozobrada,  
O muerta por el indio más vecino,  
Ordaz, continuando su jornada  
Con piloto que tuvo mejor tino,  
Llegó con el restante del armada  
A Paria, do llevaba su camino,  
Donde Antonio Sedeño ya tenía  
Soldados con alguna artillería.

Había hecho cierta fortaleza,  
Do quedó Joan González con la gente,  
Y para revolver con más grandeza  
En Boriquen estaba de presente;  
Mas el Ordaz con toda su dobleza  
Tomó las municiones al ausente,  
Y aun intentó matar al Joan González;  
Mas no se perpetraron tantos males.

Los tres hermanos Silvas ya contados,  
Que prometieron ir tras el armada,  
Procuraban venir bien aviados  
Para mejor servir en la jornada:  
Hicieron luego copia de soldados,  
Isleña gente, suelta, bien granada,  
Que en peligros ocultos y patentes  
Salieron todos hombres escelentes.

Para bagaje y gente recogida  
Tenían dos fornidas carabelas;  
Mas mucho recelaban la salida,  
Teniéndolas por algo pequeñuelas;  
Y estando ya los Silvas de partida  
Vieron un galeón a todas velas,  
Hermoso, bien fornido, grande, fuerte,  
Mas instrumento cierto de su muerte.

Al puerto donde estaban se venía,  
Y dentro dél fue surto y anclado,  
Con mucho lienzo, patio, mercería,  
De muchas cosas otras pertrechado;  
Pues el Gaspar de Silva, que quería  
Llevar en su viaje buen recado,  
Determinó tomar, por selle bueno,  
Aquello que sabía ser ajeno.

Habló con el maestro, que hacía  
Haciéndole creer torres de viento,  
El portugués ladrón que lo creía  
Al delito presto consentimiento;  
Dejó las carabelas que tenía,  
Y a él pasó las gentes y alimento,  
El señor dél, quejoso y agraviado,  
Por ser en mucha suma defraudado.

Hizo también algunos otros daños  
Al tiempo que su gente se despacha,  
Culpáronlo, demás destes engaños,  
Del rapto de Isabel, linda muchacha;  
La cual yo vi morir ha pocos años  
En el pueblo del Río de la Hacha,  
Casada ya con hijos y con nietos,  
Que están ayunos hoy destes secretos.

Apercebidos pues por la manera  
Que sus crueles hados señalaban,  
Prosiguieron los Silvas su carrera  
Con los doscientos hombres que llevaban:  
Vieron el Marañón y su ribera,  
Mas no vieron los males que esperaban,  
Y como ya llevaban aparejo,  
Allí hicieron un bergantinejo.

Como por orden esto se pusiese,

Y munición en él algo sumaria,  
Al galeón mandaron que se fuese  
Luego por alta mar vuelta de Paria;  
Y que Gaspar de Silva recorriese  
La costa con la gente necesaria,  
Porque por algún seno y anconada  
No quedase la gente dél armada.

Van en el galeón por principales  
Un Francisco Morillo y un Briones,  
Bartolomé González, Joan González,  
Hermanos del que va por los ancones:  
Entre estos, como no fueron parciales,  
Hubo ciertas revueltas y pasiones,  
Y con el sinsabor que voy diciendo  
Iban el mal viaje prosiguiendo.

Con continuación de su jornada  
Fuera de toda buena coyuntura,  
Llegóseles la hora deseada,  
Deseo de su cierta sepultura;  
Porque vieron las naos y el armada  
Donde no les darán arma Segura:  
Hacen la salva de una y otra suerte,  
Mas no para salvarse de la muerte.

Porque dieron Morillo y el Briones  
A Gil González de Ávila noticia  
De todas las pasadas sinrazones,  
El robo, la violencia, la malicia;  
El cual mandó hacer informaciones,  
Prosiguiendo la causa por justicia:  
Resultaron al fin de los procesos  
Delitos de grandísimos escesos.

Degollaron aquestos dos hermanos  
Con voz de pregonero que resuena  
Culpas y fealdades de tiranos,  
De que se recibió crecida pena;  
Y por factor de hechos inhumanos  
Al piloto colgaron del entena;  
Quedó también a muerte condenado  
Gaspar de Silva, mozo desdichado.

Ancones y bahías va mirando,  
Haciendo prolijísimo rodeo,

Su desastrada muerte deseando,  
Sin saber ser aqueste su deseo.  
¡Oh cuantos deseaban deste bando  
Podelle dar noticia del torneo!  
Mas por ninguna vía fue posible  
Avisalle de lance tan terrible.

Llegó pues con aquella compañía  
De ver la flota muy regocijados,  
Fue día de San Joan aqueste día,  
Remate de sus días mal gastados,  
Año de treinta y uno que corría  
Sobre mil y quinientos ya pasados,  
El viene con placer soltando tiros,  
Y acá lo solenizan con sospiros.

Bien como caminante congojado  
Que cercano se ve de su reposo,  
E yendo para el regocijado  
Con un vivo fervor y presuroso  
Lo ve por todas partes ocupado  
De mortal enemigo y odioso,  
Y el gusto de la cama y de la cena  
Fue hambre, cepo, grillos y cadena;

El desdichado mozo que ya cuento,  
Bien por este nivel y desta suerte,  
No ve sino señal de descontento  
Do quiera y a do quier que se convierte:  
Halló dura prisión, halló tormento,  
Halló terror, dolor y cruel muerte.  
¡Cuántos sospiros, lágrimas, sollozos!  
¡Emanaban de viejos y de mozos!

En tierra y en tan buena coyuntura  
Día del Gran Bautista soberano,  
Admirose de ver tanta tristttra,  
Y no ver por allí ningún hermano:  
Reconoció su grande desventura  
Desque con gran rigor le ponen mano,  
Hácenlo confesar, y en poca pieza  
Le cortaron al pobre la cabeza.

Mujeres de las islas con endechas  
Se herían los pechos y los cuellos,  
Costanza de León tiene deshechas

Mejillas y estragados los cabellos:  
Haciendo más patentes las sospechas  
De carnal amistad con uno dellos:  
Enterrólo clamor que rompe el aire  
En la isla que llaman Perataire.

Conclusos estos tristes funerales,  
Ordaz con tai rigor cual os enseño  
Deseaba matar A Joan González,  
Alcaide de la fuerza de Sedeño,  
Mas por mano de indios naturales,  
Porque el delito no tuviese dueño:  
Mandólo pues llamar en continente,  
Y dicen que le dijo lo siguiente:

"Yo, señor Joan González, tengo gana  
De saber por entero la pujanza  
De la tierra que dicen de Guayana,  
Sus sitios, poblaciones y templanza;  
Y por no me fiar de gente vana  
Quiero hacer de vos la confianza:  
Es menester que hoy en este día  
Os partáis sólo con alguna guía.

"Porque do muchos van hacen ruido,  
Que no comportará gente guerrera;  
Un hombre solo menos es temido,  
Y puede bien pasar por donde quiera,  
Mayormente quien es tan conocido  
Y amado como vos desta frontera:  
Y visto bien lo que la tierra tiene  
Vernéis, e yo haré lo que conviene."

Estos mandatos duros y tiranos  
El Joan González bien los entendía,  
Pero por escaparse de sus manos  
Luego le respondió que le placía:  
Conociendo por menos inhumanos  
Los indios que su mala compañía;  
Al fin partió con ciertos naturales  
Que le fueron fieles y leales.

Pero quieren decir que el desconcierto  
Y orden de cautela semejante  
Fue después de salidos deste puerto,  
E ir por Uyapar más adelante

En un pueblo, Carao; y es lo cierto,  
Según tenemos relación bastante  
Hecha del capitán Joan de Avendaño,  
Que siempre Fue testigo deste daño.

Hecha la despedida bien molesta,  
Por ser estos intentos muy ruines,  
Ordaz mandó hacer la gente presta,  
El galeón, la fusta, bergantines,  
Y con pregones muchos manifiesta  
Entrar por Uyapar y sus confines,  
Río potente, mas de fruto poco,  
A quien otros le llaman Urinoco.

En esta fortaleza dejó gente  
De todas armas bien aderezada:  
Quedó por capitán y por teniente,  
Por ser persona bien acreditada,  
Martín Yáñez Tafur, que es de presente  
Vecino deste reino de Granada,  
El cual gobernó bien la gente nueva  
Y dio de su valor bastante prueba.

Apercebió para llevar consigo  
A Domingo Velásquez el mafioso,  
Entre los de Cubagua muy antiguo:  
Insigne capitán y valeroso,  
A quien yo tuve siempre por amigo  
Gozando ya de paz y de reposo;  
Llevo también para que fuese guía  
Un indio que Taguato se decía,

Capitán arüaca señalado  
Y por aquellas tierras peregrino,  
El cual pareció bien haber entrado  
Más de quinientas leguas de camino:  
indio valiente, diestro y avisado,  
De muy buena razón, poco ladino,  
Mas Domingo Velásquez entendía  
La mayor parte de lo que decía.

Son arüacas de valientes manos.  
Tiene su tierra nobles influencias,  
Y son todos amigos de cristianos,  
Con buenas obras, gratas apariencias:  
Con caribes crueles, inhumanos,

Tienen cotidianas competencias,  
Y cuando con mayor fuerza se muerden,  
Los ariúacas pocas veces pierden.

Con esta prevención y bien avío,  
El Ordaz con su gente castellana  
Entraron por aquel potente río  
Forzados unos y otros muy de gana:  
Por él a remos va cualquier navío,  
Atoas la gran nao capitana,  
Llevando siempre cable sobre cable.  
Trabajo de rigor intolerable.

Y así por trabajar en travesías  
Perecían los hombres por momentos,  
Tanto que en breve número de días  
Al río fueron más de cuatrocientos;  
Y cuanto más crecían las porfías  
Tanto más desprecian alimentos,  
Murciélagos, mosquitos y otras plagas  
Los infestaban con crüeles pagas.

Malos y encancerados embarazos  
Ocupaban cualquiera mordedura,  
En los pies, en las piernas, manos, brazos  
Viérades lamentable desventura:  
Caíanse los miembros y pedazos  
No podía hallar médico cura;  
Y con ser el volver tan importante,  
Procuraron de ir siempre delante.

Demás de les faltar fuerzas humanas,  
Eran los tiempos ya tempestuosos,  
Anegados los campos y zavanoas,  
Los esteros venían rigurosos:  
A las tardes y noches y mañanas  
Los empapaban nimbos procelosos,  
Y con estas congojas y pasiones  
Subieron hasta ciertas poblaciones.

Pueblo potente fue de gran gentío,  
Que sobre las barrancas iba puesto,  
Del cacique Uyapari señorío,  
En las calles y plazas bien digesto,  
Y de donde nombraron este río  
Los españoles que hallaron esto,

Del cual fueron entonces recibidos  
Y razonablemente proveídos.

Aquí, por ser lugar más conviniente,  
El que tenía cargo del gobierno  
Determinó de reformar la gente  
Hasta pasar las furias del invierno;  
Y aunque porque se sentía mal doliente  
El viejo baquiano y el moderno,  
Anclearon arriba muy lejana  
Aquella grande nao capitana.

Cuando se padecían estos males  
Y plagas por la gente castellana,  
Andaba peregrino Joan González  
Por aquellas provincias de Guayana:  
Donde todos los indios naturales  
Lo recibieron muy de buena gana,  
Con caricias, regalos, beneficios,  
Con dadivas, presentes y servicios.

Regalado se ve: mas todavía  
Con santos y católicos respetos  
Consideró que no le convenía  
Estar entre salvajes indiscretos:  
Ajenos de cristiana policía  
A cultos diabólicos sujetos;  
Y aunque no se librase de sus manos,  
Quería más morir entre cristianos.

Comunicó con indios su partida  
Con todo lo demás que determina,  
Y fue su voluntad obedecida  
No menos que si fuera la divina:  
Siguiéronlo con copia de comida  
Hasta ver la más gente peregrina,  
Por esteros, lagunas y otras aguas,  
Con copia de canoas y piraguas.

Con esta gente bárbara, contenta  
De lo seguir por ser hombre bien quisto,  
De la suerte que ya se representa  
A su navegación se hizo listo,  
En busca del Ordaz por dalle cuenta  
De lo que le mandó y había visto;  
Fueron pues por el río su jornada

Hasta tanto que vieron el armada.

Como vieron piraguas de repente  
Y en ellas el gentío bien armado,  
Mandó Diego de Ordaz incontinente  
Que todos se pusiesen a recado:  
Maravillóse luego grandemente  
Después que Joan González fue llegado,  
Porque por ser rigor tan escesivo  
Ningún hombre creyó que fuese vivo.

Hablóle con gradísimas razones;  
Y el Joan González dio de su jornada,  
Verdaderas y ciertas relaciones  
De tierra que halló bien asombrada:  
En ella poderosas poblaciones  
Y cuanto mas adentro mas poblada;  
Y aunque la relación no fue liviana,  
El Ordaz la tomó de mala gana.

Yo de mi parte menos la condeno  
Ni aun siente della mal el baquiano,  
Pues en tan larga tierra y ancho seno  
(Eso me da de sierra que de llano)  
Debe de haber algún pedazo bueno  
Que hasta nuestros tiempos está sano,  
Por ser entrada larga trabajosa,  
Y en sus primeros límites dudosa.

Grandes y valerosos capitanes  
Siguieron la demanda como cierta,  
Y por muertes, desgracias y desmanes  
Casi que se volvieron de la puerta:  
Felipe de Utén por los alemanes  
Trabajó por hacella descubierta,  
Jerónimo de Ortal, después Sedeño,  
Y Orellana contó cosas de sueno.

Después Jiménez, capitán preciado  
Hizo desde este reino la jornada,  
Hermano del señor adelantado  
Don Gonzalo Jiménez de Quesada:  
El cual agora vino del Dorado,  
Que es la misma demanda señalada,  
Perdidas sus haciendas y caudales  
Y muertos muchos hombres principales.

Y aun agora no tiene menos pío  
El heredero de su testamento,  
Y sucesor Antonio de Berrío  
En sus haciendas y repartimiento;  
El cual con discreción y buen avío  
Quiere seguir aquel descubrimiento,  
Y cierto su valor nos asegura  
Que tiene de dar fin a la ventura.

Pues indios deste reino comarcanos,  
Que sirven boy a nuestras compañías  
Y tratan y contratan en los llanos  
Con sus acostumbradas granjerías,  
Refrescan las noticias a cristianos  
Que dellos determinan hacer guías,  
Llevando las derrotas diferentes  
De aquellas que llevaron otras gentes.

Creo que se darán mejor recado  
Por ser de más aviso proveídos,  
A causa de llover sobre mojado  
Con negocios atrás acontecidos:  
En muchos que buscando su Dorado  
Quedaron asolados y perdidos,  
Y del perder algunos en un hecho  
Suelen otros sacar mucho provecho.

Y Orsúa, capitán tan escelente  
Cuanto pudieron ser los más cabales,  
A quien los que vivimos de presente  
Debemos alabanzas inmortales,  
Y de quien trataré más largamente,  
Celebrando sus tristes funerales  
Por el orden que de presente llevo;  
Pues si muchos le deben, yo le debo.

Vi también el furor del padre Ayala,  
Que de la Margarita se desvía,  
Y en ir a la Guayana se señala  
Con flota de arüacas que lo guía;  
Y dijo que no vido tierra mala,  
Antes tal que riqueza prometía:  
Fue, cuando tal motivo lo desvela,  
Mi huésped en el Cabo de la Vela.

Comunicó conmigo su desino  
En vano parecer determinado,  
Para volverse por aquel camino  
Al Pirú de do vino desterrado;  
E yo le respondí ser desatino  
Jamás oído, vista, ni pensado;  
Mas él fue todavía donde digo  
Con sola compañía de un amigo.

Anduvo por allí ciertas jornadas,  
Vio pueblos con asientos muy amenos,  
Descubría caminos y calzadas,  
Las cuales prometían anchos senos;  
Trajo joyas de oro rescatadas,  
Águilas y semíes harto buenos,  
Ciertos tiros de bronce que hallaron  
Adonde los Ordases invernarón.

Como buenos dineros importasen,  
Y falta de los tales necesita,  
Para que más al río los llegasen  
Ayala con caricias los incita;  
Y hizo que en piraguas los llevasen  
Aquestos indios a la Margarita,  
Do procuró tomallos el tiniente;  
Mas defendiólos valerosamente.

A la Española fue la mercancía  
Y él, algo levantado de la rueda,  
Adonde por entonces presidía  
El ínclito Joan López de Cepeda:  
Dio cuenta de la tierra do venía  
Como quien por ninguno se le veda,  
Informó los señores del audiencia  
Para volver pidiéndoles licencia.

Diéronle favorables provisiones  
Ordenadas por ley de buen amigo  
Para poder entrar estas regiones,  
Ansímismo llevar gente consigo;  
Vendió las sobredichas municiones,  
Las joyas y preseas que ya digo,  
Compró muchas camisas y bonetes,  
Cuentas, cuchillos, hachas y machetes.

Contóles pretensiones algo flacas

O motivos de grande disparate;  
Liadas y compuestas las petacas  
Donde llevaba todo su rescate,  
Volvió con otra flota de ariúacas  
Con solos doce hombres de alpargate;  
Sería por el año de sesenta  
Sobre mil y quinientos desta cuenta.

Llegados a Guayana, van entrando  
Más de lo que amistad les asegura,  
Muchas preseas de oro rescatando  
Con algunos resabios de soltura;  
Mataron al Ayala y a su bando  
Concluyendo balanzas y locura,  
Sin dejar a ninguno con resuello  
Que pudiese decir la causa dello.

De todo buen concierto fue remoto  
Serpa, que tentó ir esta jornada,  
Pues luego lo mató Cumanagoto  
Antes que comenzasen el entrada;  
El ejército suyo quedó roto,  
Y hizo Serpa tanto como nada;  
El oficial será siempre confuso  
Usando cosas fuera de su uso.

Tenía Serpa términos honrados,  
Apariencias y buenos ademanes,  
Pero los que jamás fueron soldados  
Dudo poder ser buenos capitanes:  
No son aquellos indios descuidados,  
Ni tienen los caudillos haraganes;  
Ya yo los conocí soldado pobre,  
Y sé muy bien cuan bien baten el cobre.

Diego de Vargas levantó bandera,  
A título de ir este camino,  
Con su hijo don Joan, que donde quiera  
De crecidos honores era dino;  
Alas al principio de la tal carrera  
Y deste nuevo reino muy vecino,  
Mataron fuertes indios al buen viejo  
Por falta de favor y de consejo.

Cáceres intentó los mismos fines  
Con el poco posible que le vemos;

Pero nunca salió de los confines  
De tierra que palpamos y tenemos;  
Y así pobló los indios matachines,  
Que deste reino son los más estremos,  
De manera que nunca fue bastante  
Para poder pasar más adelante.

Volver a la demanda de presente  
Por el Cáceres dicho se procura,  
Y él y el dicho Berrío hacen gente  
En un tiempo, sazón y coyuntura:  
Cada cual de los dos es pretendiente  
De poder acabar esta ventura;  
Guías llevan y muy buenos arreos:  
¡Dios les dé cumplimiento de deseos!

Siguió Pedro de Silva la recuesta,  
De la cual por aquí volvió perdido,  
Con su poquilla gente descompuesta,  
Y dicen nuevamente ser venido,  
Y entrar por Uyapar, donde me resta  
Volver al buen Ordaz, que detenido  
Dejamos con las aguas del invierno  
En la parte que dice mi cuaderno:

Donde después que vino Joan González,  
Y percebieron bien lo que decía,  
Todos aquellos hombres principales  
Deseaban seguir aquella vía,  
Los motivos de Ordaz no fueron tales,  
Y así les respondió que no querría  
Sino subir el río con esceso,  
Y agora contaremos el suceso.

## CANTO SEGUNDO

*Donde se cuenta cómo Diego de Ordaz subió con su armada el río Yyapari arriba,  
y cómo volvió perdido y lo que más aconteció hasta su muerte*

Mal pueden caminar siempre seguras  
Las muy precipitadas opiniones:  
El que deja la luz por ir a oscuras  
No se espante que halle tropezones:  
Pues suelen semejantes aventuras

Engañar los humanos corazones:  
No siempre hizo lance venturoso  
Quien lo cierto dejó por lo dudoso.

Notado fue de tanto desatino  
Ordaz en los ya dichos menesteres,  
Pues se precipitaba de continuo  
En sus buenos o halos pareceres;  
Y más en proseguir aquel camino  
Fuera de cuanto puede dar placeres,  
Antes las intenciones en que estriba  
Son de siempre subir el agua arriba.

Metidos en cintura pues los ríos  
La mano del invierno más liviana,  
Al tiempo que hacía ya desvíos  
El agua del convés de la zavana,  
Donde nadaban los demás navíos,  
En seco se quedó la capitana:  
Fuera del Uyapar y circunstancia  
Una crecida legua de distancia.

Huyendo los demás deste paraje,  
A la madre se llegan descontentos;  
Y para proseguir su mal viaje  
Sonaron rigurosos mandamientos;  
Partieron sin tener matalotaje  
A tierra toda falta de alimentos;  
Gil Gonzáles quedó con los tullidos  
En aquestos asientos referidos.

Sacó del pueblo grande que se cuenta,  
En la fusta mayor y bergantines,  
Españoles doscientos y setenta,  
Cuarenta ligerísimos rocines:  
Tomó pues con su gente macilenta  
Del pueblo de Carao los confines,  
El cual distaba del potente río  
Una pequeña legua de desvío.

Allí se reformaron los soldados,  
Y tuvieron un poco de reposo,  
Y después de los dos meses pasados  
Volvieron al viaje trabajoso:  
Costeando prolijos despoblados  
Sin muestra de refugio virtuoso,

Sino pocos y viles pescadores  
Que de ningún buen pueblo son cultores.

Gaiquerías y algunos gualnonteyes,  
Morenos, altos, buena compostura,  
Sujetos a ningún modo de leyes,  
Sin labranza, crianza ni cultura,  
Suelen tener sus príncipes y reyes,  
No para dalles vida más segura;  
Pescas y cazas son sus alimentos,  
Y raíces de yerbas sus sustentos.

El guapo, que es comida más contina,  
A un ajo redondo se compara,  
De que también la gente peregrina  
En sus necesidades se repara:  
Ansímismo provee de harina  
Otra raíz que llaman caracara,  
La cual muelen en cueros de venados  
En hoyos muy tupidos y pisados.

Son estos guamonteyes tan insanos,  
Y toda su vivienda tan sin maña,  
Que si comida piden los cristianos  
Al tiempo que la hambre más los daña,  
Mostrando de maíz algunos granos  
Los huelen como cosa muy estraña;  
Ninguno dellos cultivó ribera,  
Ni fruto recogió de sementera.

No tuvieron jamás pueblo fundado,  
Casa de piedra, tierra, ni pajiza,  
No rancho por sus manos fabricado,  
Sino ciertos toldillos de tomiza:  
Su cama es un cuero de venado  
Gastado de arrastrar por la ceniza:  
Defiende cada cual varonilmente  
A su mujer, su hijo, su pariente.

Anduve yo también por estos puestos  
En tiempo y en edad más vigorosa,  
Aunque no por adonde fueron estos,  
Sino por parte menos trabajosa:  
Son amplísimos campos mal compuestos  
De poca gente, y esa monstruosa;  
Ríos que de su curso se despegan

Con fuerza de crecientes los aniegan.

El rigor de las aguas acabado,  
Y las inundaciones y crecientes,  
Inmensa soma es la del pescado  
De géneros y modos diferentes,  
En ciénegas, en charcos represado,  
En los manantiales y crecientes,  
El chola, de más de ser tan copioso.  
Es sano y en sabor maravilloso.

Hay caribes, cachamas, palometas.  
Guabinas, armadillos, peje sano:  
Si se secan algas ceneguetas  
Con los calores grandes del verano,  
Acontece sacar entre las grietas  
El indio cuanto quiere y el cristiano,  
Hacen harina dél cuando se seca,  
Sacan mil calabazas de manteca.

Hay también por aquestos despoblados  
Y campos tan inmensos y vacíos  
Cantidad infinita de venados,  
Los cuales son de dos o tres natíos:  
Dantas y puercos tan multiplicados,  
Que cubren las riberas de los ríos:  
Hay tigres, osos, onzas y leones,  
Cebados en aquestos ocasiones.

Nutrias anchas que tienen sus estilos  
Y de puerco la forma y ademanes:  
Inmensa cantidad de cocodrilos,  
A quien todos acá llaman caimanes:  
Cuya ferocidad y bravos filos  
Son causa de grandísimos desmanes,  
Pues suelen devorar estas serpientes  
Crecidísimo número de genes.

Perseverando pues en sus porfías,  
Ordaz por Uyapar contra corriente,  
Por sus riberas fue cincuenta días,  
Sin que pudiese ver cosa viviente;  
Muy fatigadas ya sus compañías  
Por no tener comida suficiente,  
Hacía sus entradas por los lados;  
Pero todos los vían despoblados.

E yendo caminando con el pío  
De ver dó rehacer la gente flaca,  
La boca descubrió de cierto río,  
Bien frecuentada ya del ariüaca:  
Y así diz que le dijo: "señor mío,  
Este río se llama Caranaca,  
Si por aquí hicieres to corrida,  
Yo sé que hallarás gente vestida.

Hallarás estendidas poblaciones  
Con toda la grandeza que deseas:  
Oro, piedras preciosas, ricos dones,  
Muy lucidos ropajes y preseas;  
Sus ejercicios son contrataciones,  
Ansí ciudades como las aldeas;  
Es gran provincia, próspera, pujante,  
De sal y bastimentos abundante."

En nada destas cosas que decimos  
Quiso Diego de Ordaz creer la guía;  
Y los hombres antiguos que vivimos  
Juzgamos por ventura que decía  
Por este reino donde residimos,  
Cuya fama muy largo se estendía,  
Si acaso no contiene tan gran seno  
Algún otro compás no menos bueno;

Por ser tal la distancia deste llano,  
Y el espacio y lugar tan estendido,  
Que será como dar al Oceano  
Un término que fuese recogido;  
Y así podría ser a cualquier mano  
Otro mejor quedarnos ascondido;  
Pues, como tengo ya relación hecha,  
No deja de dudar esta sospecha.

Y en la postrera y última jornada  
Que hizo por los llanos desta tierra  
Don Gonzalo Jiménez de Quesada,  
No sobrándole ya gente de guerra,  
Vio por medio del llano prolongada  
Con prolijos extremos una sierra,  
Do mandó ir al capitán Soletto,  
Mas no trajo razones del secreto.

Porque con hambre, ya más que terrible,  
Se volvió desde el pie donde nacía,  
Por no parecer cosa conveniente  
Meter la gente donde no sabía;  
Mas a mi parecer es imposible  
Aquella sierra tal estar vacía;  
He yo comunicado con varones,  
Que no están fuera destas opiniones.

Ansí que, no de balde le decía  
Al Ordaz el Taguato que siguiera  
El río Caranaca, do se vía  
Mejor disposición en la ribera;  
Mas él no quiso por ninguna vía,  
Sino continuar otra carrera;  
Y de perseverar en su costumbre  
El indio recibía pesadumbre.

Y ansí, por divertir su fantasía,  
Como quien lo tenía bien corrido,  
Bumbun temeretopo le decía,  
Señalando de piedras gran ruido:  
El bárbaro vocablo se entendía,  
El propósito fue mal entendido,  
Pues allí cada cual interpretaba  
Según aquel deseo que llevaba.

Porque decían muchos chapetones,  
O señores, que dijo Taguato  
Del gran ruido de las fundiciones,  
La fuerza y el concurso del contrato:  
Con las piedras martillan argollones,  
Los golpes dellas suenan grande rato;  
Es tal en labrar oro la porfía,  
Que suena como grande herrería.

Mas Domingo Velásquez, que notaba  
Lo que la guía dijo por entero,  
Como sabio varón adenivaba  
Cual había de ser el paradero;  
Y por no dar pasión disimulaba,  
No con simulación de lisonjero,  
Sino porque cumplía de presente  
Irse también al hilo de la gente.

Yendo pues cada cual dellos ya falto,

No menos de salud que provisiones,  
Vinieron a topar con cierto salto  
De peñascos y grandes farallones;  
Do caían las aguas de más alto,  
Y el ruido causaba confusiones,  
Allí se conoció menos prolijo  
Aquel Bumbune que Taguato dijo.

Porque la duda dél quedó bien suelta,  
Cerca de no les dar las aguas uso,  
Y la navegación toda resuelta  
En se hallar Ordaz allí recluso:  
Al fin determinó de dar la vuelta,  
No menos perdidoso que confuso,  
Y en breve tiempo, desde los raudales,  
Llegó donde quedaba Gil González.

Halló la mayor parte dellos muertos,  
La poca gente viva mal dispuesta;  
De los amargos, aunque dulces puertos,  
Procuró de sacar la que le resta;  
Y para los salados más abiertos  
Con toda brevedad se hizo presta:  
Y desde entonces, visto que cumplía,  
Por Domingo Velásquez se regía.

El cual dijo: "Pues son vuestros intentos  
Hallar alguna tierra grandiosa,  
Adonde podáis dar repartimientos  
Que sean de grandeza generosa;  
Yo sé, señor, tan ínclitos asientos,  
Que con razón diréis ser buena cosa,  
Donde podéis fundar pueblos potentes,  
Por ser infinidad las destas gentes.

"No hallaréis ancón ni seno vaco  
De prepotentes pueblos y lugares,  
Desde la Trinidad A Cariaco,  
Ni desde Cumana hasta Tagares:  
Chichiville, valle más opaco,  
Guantar, Maracapana con sus mares,  
Y Neverí, Caycarantal, Atamo,  
Provincia cada cual digna de amo.

"Hay Chacopate, hay Cumanagoto,  
Piritú, las riberas del Unare,

Pues la fertilidad de Paragoto  
Fáltame copia con que la declare:  
Potente población de Cherigoto,  
Con todo lo que dicen Mompiare;  
Sus pueblos, sus culturas, sus labores,  
Y aquella gran potencia de señores.

"El feroz y terrible Turperamo,  
Y el invencible siempre Barutaima:  
El gran Guaramental, el Guayacamo,  
Canima, Guaigoto, con Pariaima:  
Gotoguaney, Perina, Periamo,  
Sin otros muchos desta circunstancia,  
Querequerepe, Canaruma, Guaima,  
Con cercas de grandisima distancia.

"Aquestos dichos fuertes o cercados  
Tienen señeros para su defensa,  
De grosísimos árboles plantados,  
Donde la verde rama se condensa:  
Unos después de otros ordenados,  
Con más vigor de lo que nadie piensa,  
Pues aquel gran grosor que lleva hecho  
Tiene de duración prolijo trecho.

"Otros palenques hay más estendidos  
En muchos destes campos y zavas,  
No de plantas de árboles nacidos,  
Como las otras cercas más ancianas;  
Sino de palos muy fortalecidos,  
Y cada cual con dos o tres andanas,  
Con las cintas espesas de bejucos,  
O correosas yedras de arcabucos.

"Tienen las más insignes poblaciones  
En unas mesas llanas asentadas,  
Debajo de los macos, o mamones,  
Plantados por hileras ordenadas,  
Árboles de hermosas proporciones,  
Cuyas hojas jamás se ven mudadas;  
Su vista da grandísimo contento,  
Y el fruto dellos es de gran sustento.

"Por montes, por zavas, por oteros,  
Do quiera que sus pasos hombre guía,  
Hierva la gente como hormigueros,

Tanto que no veréis cosa vacía:  
Gentiles pescas, grandes cazaderos;  
Tierra de bendición, tierra sanía;  
Hay minas de oro, mantas, y hamacas  
Desde Cojagua hasta los Caracas.

"Por la costa de quien memoria hago,  
Atravesando culmen y eminencia,  
De la sierra que tiene nada vago,  
Porque poblada es por escelencia,  
Damos en Tacarigua, que es un lago  
De siete leguas de circunferencia,  
Con islas dentro, do los infieles  
Tienen jardines, huertas y verjeles.

"Si queréis que sus nombres os declare,  
Pues la memoria dellas no se escapa.  
Son Patenemo y Aniquipotare,  
Ariquibano, Guayos, Tapatapa;  
Con otras, que si alguno las hollare,  
Podría mejorar su pobre capa  
Con el oro que tienen naturales  
En joyas y preseas principales.

"Aquesta crecidísima distancia,  
Poblada de cristianos, se haría  
Un reino de gradísima sustancia,  
Dispuesto para toda granjería;  
Paréceme negocio de importancia  
Y digno de seguirse con porfía;  
Si con sus circunstancias es aceto,  
En las manos tenemos el efeto."

La dicha relación, aunque sumaria,  
Al Ordaz dio grandísimo contento;  
Y así sin responder cosa contraria,  
En esto colocó su pensamiento:  
Llegó con los navíos pues a Paria;  
Puso luego por orden el intento,  
Sin quitar desde puerto todavía  
La guarda de soldados que cumplía.

Estos soldados fueron fidedinos,  
En las cosas de guerra muy añejos,  
Prestos en los asaltos repentinos  
A las agudas armas y consejos;

Y en este nuevo reino son vecinos  
Algunos, aunque pocos e ya viejos,  
Como Joan de Portillo, cabal hombre,  
Joan Fuerte, mas en hecho que en el nombre.

Dispuesto todos pues a la carrera,  
Procuró de enviar incontinente  
Al capitán Alonso de Herrera,  
A Diamaima, puerto, con la gente;  
Y el quiso caminar por la ribera  
Con pocos, que serían como veinte,  
Para que todos ellos se embarcasen  
Después que en este puerto se juntasen.

Al mar salió Herrera, deseoso  
De cumplir fielmente su concierto;  
Mas con fuerza de tiempo fortunoso  
Nunca pudo tomar el dicho puerto:  
Corrió la costa baja desgustoso,  
No hallando repáramo cubierto,  
Que Cumaná, do hizo su parada,  
Y allí saltó la gente fatigada.

El agua que en Cubagua se bebía  
Se llevaba de aquesta pertenencia;  
Y a causa de que cuando se cogía  
El bárbaro hacía resistencia;  
Había fuerza ya, de que tenía  
Andrés de Villacorta la tenencia,  
Y en esta fortaleza recogida  
Gente de guarnición bien proveída.

Estando pues como de los cabellos,  
Deseando huir de sus aprietos,  
La gente del Ordaz holgó de vellos  
Para comunicalles sus secretos;  
Y así se rebelaron muchos dellos  
Al Herrera, perdiendo los respetos;  
Finalmente, que no por buenos modos  
Las partes de Cubagua siguen todos.

De muchas quejas hay ardiente fragua  
Que formaban los que se vían fuera  
De los angostos barcos y del agua,  
No menos que forzados de galera:  
Prendió luego justicia de Cubagua

Al capitán Alonso de Herrera;  
Pero por ser bien quisto de soldados,  
Soltáronlo, los ímpetus pasados.

Llegados a la playa, deseada,  
Ordaz con el consorcio diligente,  
Y conociendo todos que el armada,  
Arribó por aquel inconveniente,  
Con boga de piraguas bien guiada  
Luego fueron en busca de la gente;  
A Cumaná llegó, do saltó luego,  
Y acabó de perder todo su juego.

Porque sin proceder por recta vía.  
Ni sosegar fiel de justo peso,  
Pero Ortiz de Matienzo, que regía,  
Lo hizo dañador, y hizo lesa:  
El cual, por aquel orden que quería,  
A Castilla también lo llevó preso,  
Y así se perturbó su buen intento  
En tierras de tan grande fundamento.

Todos estos disignos estorbaba  
Cubagua, por aquellas pretensiones  
De los muchos esclavos que sacaba  
Destas grandes provincias y regiones;  
Y entonces y después abominaba  
De quien tenía tales intenciones:  
Y como causa fue que se estorbase,  
Tampoco quiso Dios que ella durase.

Yendo pues el Ordaz de aquella suerte,  
Con tantas ocasiones de tristura,  
Enfermedad le dio de mal tan fuerte,  
Y de tan poco fruto fue la cura,  
Que le llegó la hora de la muerte,  
Donde tuvo la mar por sepultura,  
Y quien en aguas sepultó sin duelo,  
Para se sepultar no tuvo suelo.

Fue Cortesano de gentil aviso,  
Y en todas buenas partes de belleza;  
Quien bien lo conoció dice que quiso  
Esmerarse con el naturaleza;  
Dele nuestro Señor su paraíso,  
Que es la cabal y cierta gentileza,

Y el descanso de vida transitoria,  
Que le faltó, le de Dios en su gloria.

En la parte mayor de sus soldados  
Hubo, como ya dije, gran mudanza;  
Pero los nobles más aficionados  
No dejaban de estar con esperanza,  
Que después de sus pleitos acabados  
Había de volver con más pujanza,  
Y como fidelísimos varones  
Permanecían en sus aficiones.

Debajo de virtud y de nobleza,  
Muchos dellos a Paria se volvían  
A sustentar aquella fortaleza  
Entre tanto que del Ordaz sabían;  
Y muchos con trabajos y pobreza  
Entre los de Cubagua residían,  
Entreteniéndose por su partido  
Hasta ver y saber lo sucedido.

Estando de la suerte que publico,  
Llegó con gente bien aderezada  
Sedeño, de San Joan de Puerto-Rico  
Para perseverar en su jornada,  
Al Ordaz publicando por inico  
Por la razón atrás conmemorada,  
Y a su devoción trajo brevemente  
Algunos caballeros desta gente.

Porque cierto rumor era venido  
Diciendo que el Ordaz era ya muerto,  
Los unos lo tenían por fingido,  
Otros lo publicaban por muy cierto:  
Al fin Sedeño fue bien recibido  
De la más noble gente deste puerto,  
Con los cuales pasó más adelante,  
Y luego contaremos lo restante.